

el nacimiento acarrea una larga serie de fatalidades á los que hemos tenido esta desventura.

Mi buen padre no perdonó fatiga, gasto ni cuidado para suplir esta falta; y así entre nodrizas, ayas y criadas pasé mi puerilidad con aquella alegría propia de la edad, sin dejar de aprender aquellos principios de religión, urbanidad y primeras letras, en que no se descuidó de instruirme mi amante padre, con aquel esmero y cariño con que se tratan por los buenos padres los primeros y únicos hijos.

Quince años contaba yo cuando el mío me puso en el colegio, donde permanecí tres muy contento y lleno de inocentes satisfacciones, que se me acabaron con el fallecimiento de su merced, quedando bajo la tutela del albacea, cuyo nombre dejo en silencio por no descubrir enteramente al autor de mis desgracias. Ya usted conocerá por esta expresión que mi albacea en poco tiempo concluyó con mis bienes, dejándome en las garras de la indigencia, y cuando ya no tuvo que hacer, se fugó de Orizaba, de donde soy natural, sin dejarme siquiera recomendado á su corresponsal que tenía en México.

Éste, luego que supo su ausencia y el funesto motivo que la había ocasionado, fué al colegio, borró colegiatura, me llevó á su casa, me impuso de mi triste situación, concluyendo con decirme, que él era un pobre cargado de familia, que se compadecía de mi desgracia;

pero que no podía hacerse cargo de mí, y así que solicitara la protección de mis parientes y viera lo que hacía.

Considere usted qué tal me quedaría con semejante noticia. Tenía entonces diez y ocho años y ninguna experiencia; pero por especial favor de Dios ni había contraído ningún vicio vergonzoso ni pensaba á lo muchacho; y así le dije, que dentro de ocho días resolvería lo que había de hacer y le avisaría.

En el momento fuí á ver á un estudiante pobre y hombre de bien, á quien, después de contarle mis desgracias, le encargué que me vendiese mi cama, libros, manto, turca, reloj y cuanto consideré que podía valer algo.

En efecto, mi amigo hizo la diligencia con eficacia y prontitud, y al segundo día me trajo ciento y pico de pesos. Le dí su gratificación, y cambié la mayor parte en oro, comprando con el resto una manga y unas botas semiviejas.

Hecha esta diligencia, fuí á los mesones á buscar un pasajero que estuviera de viaje para mi tierra. Por fortuna no fué vana mi solicitud; hallé un arriero que iba á llevar cigarros y traer tabaco, y por diez pesos ajusté con él mi marcha. Entonces avisé mi determinación al corresponsal de mi albacea, quien me la aprobó, y despidiéndome de él y de su familia, me fuí al mesón y á los dos días partimos para Orizaba.



No me pareció este viaje como los anteriores que había hecho por el mismo camino, cuando iba á vacaciones, especialmente en vida del señor mi padre; mas era otro tiempo y era forzoso acomodarme á las circunstancias.

Llegué por fin á la expresada villa sin novedad, y recelando algún despego en uno que otro pariente que tenía acomodado, determiné ir á apear-me en casa de unas tías viejas que conocía me amaban y no se desdenarían de hospedarme.

No salió falso mi modo de pensar; porque luego que me vieron las pobrecillas comenzaron á llorar, como que sabían primero que yo mis infortunios, me abrazaron y me internaron á la casita, asegurándome que la mirara como mía.

Les manifesté mi gratitud lo mejor que pude, diciéndoles pensaba en acomodarme en alguna tienda, hacienda ó cosa semejante para comenzar á aprender á ganar el pan con el sudor de mi frente, que era ya lo único á que podía aspirar.

Las benditas viejas se enternecían con estas cosas, y yo redoblaba mis agradecimientos á sus sentimientos expresivos.

Seis días contaba yo de hospedaje en su casa, cuando una tarde entró en ella un señor muy decente, á quien yo no conocía y mis tías trataban con confianza,

porque le lavaban y cosían su ropa cuando transitaba por allí, y valiéndose de su comunicación le dijeron: — Señor don Francisco, ¿conoce usted á este niño? — Señalándome. El caballero dijo que no, y ellas añadieron: — Es nuestro sobrino Antoñito, el hijo de su amigo de usted, nuestro difunto don Lorenzo Sánchez, que en paz descansa.

—¿Es posible, dijo el caballero, que este joven desgraciado es el hijo de mi amigo? ¿Y qué hace aquí, en este traje tan indecente? ¿No estaba en el colegio? — Sí, señor, respondieron mis tías; pero como su albacea echó por ahí todo su patrimonio, se halla el pobrecillo reducido á buscar en qué ganar la vida con su trabajo, y mientras, se ha venido con nosotras.

—Ya tenía yo noticia de la fechoría de ese bribón, dijo el caballero, pero no lo quería creer. ¿Y qué, amiguito, nada le dejó á usted? — Nada, señor, le contesté; de suerte que para poder trasladarme á esta villa tuve que vender manto, cama, libros y otras frioleras.

—¡Válgame Dios! ¡pobre joven! prosiguió el don Francisco. ¡Ah pícaros, pícaros albaceas, que tan mal desempeñáis los encargos de los testadores, enriqueciéndoos con lo ajeno y dejando por puertas á los miserables pupilos!

Amiguito, no se desanime usted; sea hombre de bien, que no todos los que tienen qué comer han here-



dado, así como las horcas no suspenden á cuantos ladrones hay, que si así lo hicieran, no se pasearan riendo tantos albaceas ladrones que hay como el de su padre de usted. ¿Sabe usted escribir razonablemente? — Señor, le dije, verá usted mi letra. — Y en seguida escribí en un papel no sé qué.

Le gustó mucho mi letra, y me examinó en cuentas, y viendo que sabía alguna cosa, me propuso que si quería irme con él á tierra adentro, donde tenía una hacienda y tienda, que me daría quince pesos cada mes el primer año, mientras me adiestraba, á más de plato y ropa limpia.

Yo ví el cielo abierto con semejante destino, que entonces me pareció inmejorable, como que no tenía ninguno, ni esperanza de lograrlo; y así admití al instante, dándole yo y mis tías muchas gracias.

El caballero debía partir al día siguiente á su destino, y así me dijo que desde aquella hora corría yo por su cuenta, que me despidiera de mis tías y me fuera con él á su posada.

Resolví hacerlo así, y saqué de la faltriquera cuatro onzas de oro que me habían quedado de la realización de mis haberes, dándole tres de ellas á mis tías, que no querían admitir, por más que yo porfiaba en que las recibieran, asegurándolas que no las había reservado con otro objeto que el dárselas luego que me acom-

dara, que ya había llegado ese caso, y de consiguiente el de que yo les manifestara mi gratitud.

Con todo esto rehusaban mis tías el admitirlas, hasta que mi amo (que ya es menester nombrarlo así) les dijo que las recibieran, pues yo á su lado nada necesitaría.

Tomáronlas por fin, y despedímonos entre lágrimas, abrazos y propósito de escribirnos. A otro día salimos de Orizaba, y al mes y días llegamos á Zacatecas, donde estaba la ubicación de mi amo.

Antes de ponerme en su tienda hizo llamar al sastre y á la costurera, y con la mayor presteza se me hizo ropa blanca y de color, ordinaria y de gala, comprándoseme cama, baúl y todo lo necesario.

Yo estaba contento, pero azorado al ver su munificencia, considerando que, según lo que había gastado en mí y mi ruin sueldo de quince pesos, ya estaba yo vendido por cuatro ó cinco años cuando menos.

Ya habilitado de esta suerte y recomendándome con el título de su ahijado, me entregó en la tienda á disposición del cajero mayor.

No acabaría si circunstanciadamente quisiera contar á usted los favores que le debí á este mi nuevo padre, pues así lo amaba, y él me quiso como á hijo, porque era viudo y no tuvo sucesión. Baste decir á usted que en doce años que viví con él me apliqué tanto, trabajé con tal tesón y fidelidad y le gané de tal modo la vo-